



## BOSQUEJO

Atónito quédase el ánimo al considerar los grandes resultados obtenidos por Don Bosco en tan pocos años y con tan limitados medios, y no puede menos de reconocer en ello la mano de Dios y que el hombre es sólo su instrumento. ¡Cuántas maravillas se admiran al observar esa ley de la vida simple y perfectísima, que consiste en abandonarse sin reserva á la divina Providencia y buscar en ella todo apoyo y fuerza.

Don Bosco pudo parecer audaz y temerario en sus empresas; pero todas sus determinaciones eran fruto de gran meditación y prudencia, y una vez tomadas no se acobardaba, antes seguía impertérrito su camino.

Jamás emprendió una fundación que no fuera clara y precisamente indicada y en cierto modo ofrecida por las circunstancias; mas comenzada la obra, sin perder tiempo en combinaciones, ni detenerse por la aparente escasez de recursos, era pronto realizada.

«Es necesario, decía, comenzar por cargar el

fardo sobre las espaldas; á medida que uno camina luego se acomoda y pone en equilibrio.»

Por otra parte toda fundación era pequeña y pobre; bastaba que no faltase lo indispensable, pues luego la Providencia proveía de cuanto era menester. Los sacerdotes llegaban á veces *sine sacculo et sine pera*, esto es, desprovistos absolutamente de todo, como lo recomendaba Nuestro Señor á los Apóstoles.

La primera vez que tuvimos el honor de hablar con un sacerdote de Don Bosco no pudimos dejar de preguntarle: ¿De qué medio os valéis para alimentar á todos estos niños? Y jamás podremos olvidar la sorpresa retratada en su mirada y el tono de absoluta confianza con que, levantando una mano al cielo, respondió: *¡De la divina Providencia!* No le ocurría ni sombra de duda sobre la intervención inmediata y activa de la divina Providencia para mantener á sus propios hijos llamados á la herencia del cielo. Tan imperturbable fe hállase encarnada en el corazón de todo sacerdote salesiano.

Antes de ensanchar una de sus casas Don Bosco esperaba que fuera patente la necesidad; ni emprendía nuevas construcciones sino cuando las antiguas eran notoriamente insuficientes; de modo que siempre las piedras vivas, por decirlo así, los niños abandonados precedían á las piedras materiales.

Es indudable que Don Bosco poseía singulares cualidades administrativas, y tenía las condiciones de un gran ministro.



Estaba impuesto hasta de los menores detalles de todas sus casas. Conocía perfectamente no sólo á cada uno de sus sacerdotes, clérigos, profesores y niños sino también á todos los Cooperadores y Cooperadoras á quienes había visto ó de quienes le habían hablado, y no olvidaba á persona alguna con la cual había tenido alguna relación. Su memoria era verdaderamente prodigiosa. Don Bosco es uno de los pocos ejemplos que demuestran que aunque la memoria y el talento suelen no andar juntos, no son en absoluto incompatibles. Cuando pastoreaba de niño podía repetir casi textualmente los sermones que oía; y más tarde, en el colegio, asombrábanse sus compañeros de la facilidad con que retenía las explicaciones del profesor, la cual era tal y tan grande que le excusaba de la necesidad de proveerse de libros de texto, aun de teología en el Seminario Mayor.

Bien que en la mañana podía disponer de media hora para levantarse, estaba expedito en diez minutos, y aprovechando el tiempo restante leyó en Henrión y Salzano toda la historia de la Iglesia que le era profundamente conocida. Aun en los últimos tiempos de su vida solía entretenerse en recitar largos pasajes de notables poetas, que ciertamente en cuarenta años no había tenido tiempo de volverlos á leer.

No se ocupó solamente este varón de Dios en atender á la educación de los niños; su caridad abrazaba á la juventud entera, incluyendo la de la clase más elevada; y al lamentar los vicios de la

sociedad moderna atribuíalos particularmente á la mala educación que se da á la juventud.

«La causa del mal que deploramos, decía, está en la educación inspirada en principios paganos, modelada en máximas y sentencias del todo paganas y dada según un método pagano. Jamás esta educación podrá formar verdaderos cristianos, principalmente en la época que alcanzamos en que prepondera tanto la influencia escolar.»

Toda su vida trabajó contra *esa educación que en los más bellos años de la juventud pervierte el corazón y el espíritu.*

Con tal fin emprendió una doble publicación: la de los clásicos profanos que más se usan en las escuelas, corregida con todo esmero, y la de los clásicos cristianos que ardientemente deseaba ver adoptados.

Escribió además muchos libros, unos elementales, otros con miras más altas; libros que la prensa católica ha encomiado por extremo, y de algunos de los cuales se han hecho multitud de ediciones. Basta citar la *Historia Santa* para uso de las escuelas, las *Lecturas Católicas*, publicación mensual de propaganda contra el protestantismo y en especial contra los Valdenses; una *Historia Eclesiástica*, estudio á que daba gran importancia; una *Historia de Italia*, quizá la más renombrada de sus obras y de la cual se han publicado veintiocho ediciones; *El Joven Instruido*, precioso manual de piedad que cuenta más de ciento veinte impresio-



nes, traducido en francés, español y portugués (1); *Los dolores de la Santísima Virgen: la devoción al Angel de la Guarda; unos Ejercicios sobre la misericordia de Dios; El Católico en el mundo; una Vida de San José; un Mes de Mayo, etc., etc.*

Para desempeñar un trabajo capaz de abatir al más fuerte, Don Bosco había adoptado como regla invariable el hacer bien lo del momento presente, sin precipitación y con todo cuidado.

Gran secreto es para hacer bien las cosas hacerlas tranquilamente; y Nelatón, uno de nuestros más notables cirujanos, al empezar una operación delicada y difícil rara vez dejaba de decir á sus auxiliares: «Lo que más os recomiendo es que no os apresuréis; el tiempo no os ha de faltar.»

En verdad todos aquellos para quienes el tiempo es placer ó dinero ¿piensan acaso en lo que un día en la balanza divina pesará su afanosa y estéril agitación?

Apenas es creible que como en veinticinco años Don Bosco haya dormido de dos noches una. Sólo así podía desempeñar sin número de ocupaciones bastantes á llenar los días de muchos. Todas las mañanas invariablemente confesaba á los religiosos y niños que se le presentaban; en seguida recibía visitas y despachaba su correspondencia, sin que esto le impidiera asistir á los talleres, á las clases y recorrer cuidadosamente toda la casa.

(1) Se hace actualmente la traducción en alemán, inglés y eslavo.

Por la tarde reunía en su estancia una parte del personal para conferenciar é infundirles el espíritu con que debían continuar su obra; así todos los Superiores de la Congregación Salesiana han recibido esa preciosa enseñanza, gracias á la cual se reflejan plenamente en el Instituto de Don Bosco la fisonomía y el espíritu de su fundador.

Terminado el trabajo — bastante tarde á veces — Don Bosco daba las buenas noches; y cuando ya todos estaban descansando, comenzaba para él una nueva tarea entregándose á la composición de las obras, cuyo mérito y número parecen un misterio para quien día por día vió al autor en medio de tantas atenciones.

Su pobre cuerpo, tratado sin piedad, debía sucumbir en aquella fatiga sin tregua que hubo de dar origen á la afección de la médula espinal que le postró en sus últimos años y abrevió su existencia. Sin tan extraordinario exceso de trabajo, su fuerte constitución habríale quizá permitido vivir veinte años más.

Como quiera que en sus momentos libres debía recorrer la ciudad, el sueño imperiosamente reclamaba sus derechos, y entonces Don Bosco andando dormía en medio de la calle, en tanto que uno de sus niños que le llevaba del brazo dirigía sus movimientos, le precavía de los coches y le servía de custodio.

Don Bosco era de carácter vivo, ardiente y aun impetuoso; pero de tal modo había domado su na-



turalaleza y alcanzado sobre ella tan completa victoria que su calma era inalterable.

La celda de Don Bosco ¡cuán modesta era! humildísimo ajuar, un crucifijo, algunos libros é imágenes, un cartel que en grandes caracteres recordaba las palabras de San Francisco de Sales: *Dadme las almas y quedaos con lo demás*; y no obstante en aquella celda Don Bosco era tan visitado como un Pontífice; allí llegaban aún de apartadas regiones mil y mil personas ávidas de verle, de oírle, de solicitar consejos, consuelos y gracias. No pocas de estas visitas, abusaban sin escrúpulo, de un precioso tiempo, ya refiriendo fútiles historias, ya repitiendo sin fin una misma cosa. Y Don Bosco jamás daba el menor signo de impaciencia; jamás ni con el más ligero ademán indicaba una amonestación al indiscreto. Parecía no tener otra cosa que hacer que atender solícito al que á él venía. Eran tan afables sus palabras, tan reposado su ánimo, tan benévolo en escuchar que todos se figuraban haber llegado en el momento más oportuno y hallar un lugar preferente en aquel gran corazón.

Y sin duda esas audiencias no podían menos de ser bien penosas, pues que le debilitaban por extremo y de ellas se retiraba extenuado.

Si la serenidad era su estado habitual, no era porque le faltara razón para preocuparse, como que puede decirse que su vida entera fué una lucha constante contra las dificultades que á cualquiera otro habrían podido parecer insuperables.

Millares de bocas recibían de él el pan cotidiano. ¡Cuántos trabajos que á la vez exigían urgente atención! El presupuesto necesario para sus casas habría sido exorbitante para algunos pequeños estados; y sin embargo de que Don Bosco nada poseía, absolutamente nada, no por esto se debilitaba su confianza, pues sabía perfectamente que la bondadosa Virgen María no abandonaría á sus hijos; y, en efecto, cuando todo parecía humanamente comprometido y perdido, llegaban los recursos sobrenaturalmente y en el momento preciso. Surgían además inesperadas vocaciones y nueva y fecunda savia vigorizaba esta Obra portentosa.

Don Bosco considerábase siempre como un instrumento deleznable de la Divina Providencia. Jamás contaba con sus propias fuerzas; y en su humildad profunda y absoluta, á menudo repetía: *María Auxiliadora es quien trabaja por Don Bosco; sin ella Don Bosco sería un sacerdote ignorado, escondido en la última parroquia del Piamonte.*

« Mi querido amigo, decía un día á uno de sus antiguos condiscípulos, si Dios hubiese encontrado un sacerdote más pequeño, más débil y sobre todo más inútil que Don Bosco seguramente le hubiera encomendado esta obra. Por lo que á mí toca yo debía estar al servicio de un pobre lugarejo de montaña; es todo lo que merezco.»

Pocos hombres hemos visto más francamente simpáticos. Sentíase uno atraído hacia él como por un oculto encanto, y cierto filial afecto se unía



luego á los sentimientos de veneración que inspiraba.

Sus ojos grises claros brillaban de un modo extraordinario, y su mirada penetraba en lo más profundo del corazón. Como alguien observara un día que nada escapaba á su vista, si bien tenía casi de continuo los ojos bajos, — Yo veo mejor sin mirar, respondió con finura.

Era de natural alegre, despierto y sus contestaciones, á veces, de una agudeza y oportunidad encantadoras. ¡ Cuán bella es la piedad tan amablemente revestida !

Con gusto dejamos de nuevo la palabra á uno de los hijos de Don Bosco, Don Jacinto Ballesio, quien con los más naturales y delicados colores ha pintado la fisonomía de su padre:

«Lo que la historia no acertará á decir, lo que no es posible pueda hacer comprender es su vida íntima; su continuo sacrificio, tranquilo, dulce, invencible y heroico; su solicitud y entrañable amor á sus hijos; la confianza, estima y veneración que nos inspiraba; su grande autoridad; el tipo de perfección que era para nosotros. ¡ Ah ! difícilmente podrá la historia describir la suave dulzura con que su palabra, su mirada, un solo ademán suyo llenaba de regocijo nuestros corazones. Necesario es haberle visto y haber vivido á su lado. No había obstáculo que no venciese; y con frecuencia cambiaba en amigos, en admiradores y bienhechores á los que sin conocerle ó conociéndole mal, le despreciaban, calumniaban y perseguían.

» Al mismo tiempo que trataba de infundirnos profundamente la religión, enseñarnos y acostumbrarnos al trabajo, se empeñaba en que estuviésemos siempre alegres. ¡ Quién podrá expresar el contento de aquellos juveniles años ! Don Bosco era el alma de todo: su divisa era *Servite Domino in laetitia*. La santa alegría era la corona de todos los trabajos. Mil veces oímos de los labios de Don Bosco estas palabras: *Estad alegres*; y al ser pronunciadas por él tenían un efecto mágico y disipaban todas las tristezas. Si un niño se le presentaba sombrío, una palabra bastaba para que tornara al estudio animoso y radiante de contento. Este admirable poder cuyo secreto, al igual de San Felipe Neri, poseía, á pesar de nuestra pobreza y trabajos, hacía plácida, gozosa, entusiasta y casi para todos inefablemente dulce la vida.

» ¡ Oh sabiduría del siglo ! tú que te jactas de ser amigo del pueblo, ven á aprender de este santo sacerdote cómo educa á sus hijos, cómo les inculca las más hermosas virtudes y perfectamente armoniza la religión con el trabajo y la alegría.

» Cuando por la primera vez era llevado á él un niño, mientras que con su habitual bondad le inspiraba confianza y respeto, con su ojo escrutador le penetraba hasta el fondo del corazón y adivinaba su carácter y aptitudes por lo que era opinión general entre nosotros que á este respecto poseía un don más que natural. »



Don Bosco antes que todo era un hombre de Dios. Es indudable que fué sobrenaturalmente favorecido con la *visión* dada á los santos.

Ordinariamente recibía en sueños preciosas iluminaciones.

*Dios habla una vez al hombre sin repetir lo que dice; mientras duerme, en los sueños de la noche, cuando enervado reposa en su lecho.*

*Entonces le abre los oídos y le enseña sus lecciones* (Job. XXXII, 14).

Un sueño decidió la vocación del pastorcito de Castelnuovo, y durante toda su vida sacerdotal en sueño recibió luces extraordinarias.

Don Bosco refirió algunas de esas celestes visiones, de las cuales conservaba perfecto recuerdo. Con frecuencia veía en ellas á sus sacerdotes y niños, conociendo así no sólo el estado de sus almas sino aun su destino en lo porvenir.

Bien se entiende la avidez con que apenas comunicadas eran recogidas semejantes revelaciones. Mas él no hablaba sobre estos hechos maravillosos sino con expresa reserva.

No cabe duda, que conoció y anunció la muerte de Pío IX y la exaltación del cardenal Pecci al solio pontificio.

Muchas de sus predicciones sobre hechos contemporáneos han sido anotadas; pero aun no es llegado el momento de divulgarlas.

Innumerables personas de las que se confesaron con Don Bosco quedaron atónitas al verse por él conocidas hasta en los más íntimos sentimientos y

serles á veces recordadas circunstancias que, sea por olvido, sea advertidamente, habían callado. Al fin de su vida, postrado por grandes sufrimientos, fué favorecido aún con más frecuentes visiones. Parecía que su alma, abandonando poco á poco el cuerpo mortal, se elevaba anticipadamente á los esplendores de la gloria.

\*  
\* \*

Pregúntase si las fundaciones de Don Bosco podrán subsistir sin él.

Seguramente, la Obra Salesiana vencerá todas las astucias del espíritu del mal.

Don Bosco decía en el lecho de muerte:

*Hasta ahora nuestro camino ha sido bien manifiesto. No podemos extraviarnos. María es nuestra guía.*

*Nuestra Congregación subsistirá porque es conducida por Dios y protegida por María Auxiliadora.*

Encomendó la continuación de su Obra á su hijo predilecto Don Miguel Rua, el cual desde la edad de nueve años nunca le abandonó.

Unidos estaban Don Bosco y Don Rua con una intimidad de cuarenta años. Otro lazo había contribuído á estrechar, por decirlo así, esas dos existencias: *sus madres*.

Cuando de niño Don Rua entró en la casa de Don Bosco, su madre no tardó en ser la constante ayuda de Margarita. Esas dos santas mujeres se comprendieron admirablemente; su abnegación y simplicidad incomparables andaban parejas.



A la muerte de Margarita Bosco, en 1856, reemplazóla en el Oratorio su amiga María Rua, quien con generosidad sin límites se dió por completo al cuidado de los niños.

¿Qué podremos decir del actual Superior General de la Congregación Salesiana? Es la exquisita dulzura unida á la invencible firmeza y á la más profunda humildad: espíritu rectísimo y eminentemente práctico. Es más que eso. Dejemos que lo caracterice Don Bosco mismo. — Don Rua, dijo él, haría milagros *si quisiera*.



## LAS GRACIAS

Vamos á tratar de un asunto del cual es fuerza hablar con suma reserva. Nos referimos á los hechos del orden sobrenatural tan íntima y constantemente unidos á la vida de Don Bosco, y sobre los cuales debemos esperar la decisión de la Iglesia.

Lo que todo el mundo conoce son las gracias innumerables por él obtenidas; y nadie puede dudar de la intervención directa de la Santísima Virgen honrada con la advocación de María Auxiliadora. Esa intervención extraordinaria fué simultánea con el trabajo de la magnífica iglesia dedicada á ella en Turín por Don Bosco.

Efectuada una curación repentina, ocurrieron de todas partes multitud de personas. Produjéronse en seguida otras maravillosas curaciones sin número y tantas fueron las ofrendas de reconocimiento que casi bastaron para costear los gastos de la iglesia.

Desde entonces no han cesado de suceder gracias semejantes concedidas con gran largueza á los bienhechores de los niños.



¿No es éste un signo con el cual María Auxiliadora ha querido manifestar cuánto le agrada el cuidado con que se atiende á tales pobres? ¿No es éste un medio de que se vale para proporcionar á la Obra de Don Bosco los recursos indispensables?

El trabajo de los niños en los talleres no es tan productivo que merezca tomarse en cuenta. La mayor parte son aprendices; muchos son estudiantes, y uno se sorprende al calcular la suma de dinero que se necesita para el sostén de tantas casas, de más de cien mil escolares á quienes es menester dar abrigo, alimento y vestido, de los misioneros enviados á tierras lejanas, etc.

Pues bien, ¡la Obra Salesiana no tiene más recursos que los de la caridad!

Mas, ya lo hemos dicho, María Auxiliadora no cesa de hacer brillar su poder en favor de los que no olvidan á los niños y misioneros de Don Bosco, á tal punto que si los sentimientos de fe y caridad fueran insuficientes á socorrerlos, quizá la consideración del interés personal bastaría á venir en su ayuda ; tan infalible es la recompensa!

*Centies tantum nunc, in tempore hoc... et in saeculo futuro vitam aeternam.*

*El céntuplo ahora en el tiempo presente... y después la vida eterna (Marc. X, 30).*

Unos obtienen favores materiales, otros gracias de orden superior, como son curaciones y conversiones. Ya es una persona querida que escapa de inminente peligro de muerte, ya una enferma que

recobra la salud, ya un alma turbada que alcanza la paz.

Muchas son las personas que para prosperar en sus negocios han tenido la idea de interesar, por decirlo así, á la divina Providencia, ofreciendo la décima parte de las ganancias á las casas de Don Bosco y las más de las veces los resultados han excedido á todas las esperanzas.

Cuando á Don Bosco se le pedía una gracia, en tanto que por esa intención hacía rogar á sus niños, recomendaba al interesado recitar en honor de María Auxiliadora una novena de tres *Padrenuestros*, *Avemarias*, *Gloriapatris* y *Salves*. Jamás olvidaba darle una medalla (también de María Auxiliadora), y exhortaba hacer una limosna como medio más seguro de obtenerlo todo de la Santísima Virgen. Mas con frecuencia le oímos censurar esa especie de desconfianza de los que prometen una ofrenda en caso de obtener lo que desean.

«No corresponde al hombre, decía, poner condiciones á Dios.»

«Es preciso comenzar por dar con sumisión, sin reserva, sin restricciones, con fe y confianza absolutas. En tal caso Dios abre sus manos y distribuye sus larguezas.»

*Date et dabitur vobis.*

*Dad y se os dará.*

«La experiencia, añadía, demuestra la extraordinaria eficacia de este medio para obtener las más señaladas gracias; millares de veces he podido vencerme de ello.»